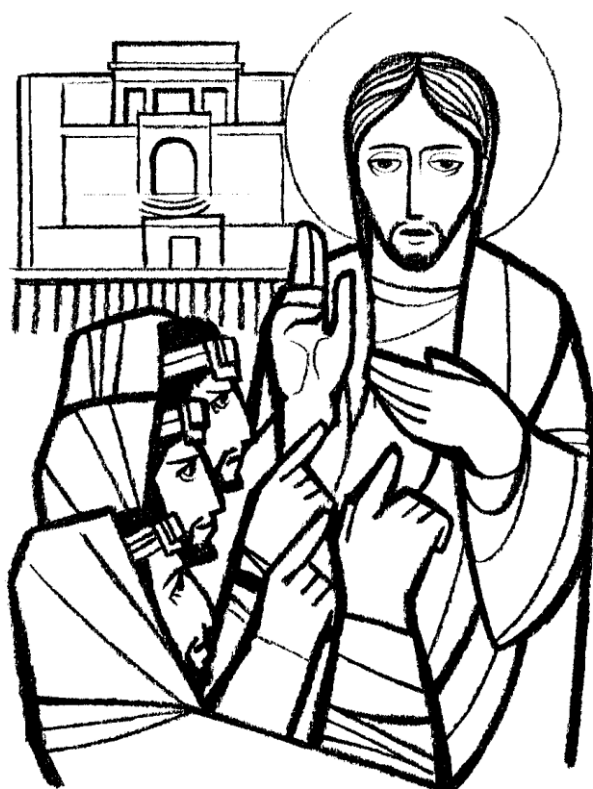


Estudio Bíblico Dominical
Un apoyo para hacer la Lectio Divina del Evangelio del Domingo
Tercero de Cuaresma – 19 de Marzo de 2006

EL CAMINO DE JESÚS Y DEL DISCÍPULO HACIA LA PASCUA (III) Una nueva manera de edificar y de vivir “la Casa de mi Padre”

Juan 2, 13-25

*“Aquel templo era una sombra:
llegó la luz y ahuyentó la sombra”
(San Agustín)*



“Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré”

Introducción

Después de los dos primeros domingos de la Cuaresma, donde las escenas de las tentaciones de Jesús y la de la transfiguración, sirvieron de pórtico y nos dieron luces para nuestro camino, entramos en una nueva etapa del itinerario bíblico: la revelación del sentido profundo del misterio pascual. Para esto nos ayuda el evangelista san Juan.

Con el relato de la purificación del Templo de Jerusalén por parte de Jesús, el evangelista Juan nos lleva a la contemplación del misterio pascual, sus causas y sus consecuencias, en el “Cuerpo” de Jesús transformado finalmente en el definitivo santuario de la Nueva Alianza y de la comunión de amor y adoración de Dios.

1. El texto y su estructura

¹³Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. ¹⁴Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos. ¹⁵Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; ¹⁶y dijo a los que vendían palomas:

«Quitad esto de aquí.

No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado.»

¹⁷Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: El celo por tu Casa me devorará.

¹⁸Los judíos entonces le replicaron diciéndole:

«Qué señal nos muestras para obrar así?»

¹⁹Jesús les respondió:

«Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré.»

²⁰Los judíos le contestaron:

«Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?»

²¹Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo. ²²Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús.

²³Mientras estuvo en Jerusalén, por la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre al ver las señales que realizaba. ²⁴Pero Jesús no se confiaba a ellos porque los conocía a todos ²⁵y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre”.

Este pasaje se encuentra después del relato de la bodas de Caná (ver 2,1-12). Luego de paréntesis que describe la permanencia de Jesús con su familia y sus discípulos en Cafarnaúm –en Galilea- (2,12), el evangelista nos presenta la primera peregrinación de Jesús y sus discípulos a la ciudad santa de Jerusalén (2,13).

Así, entre el signo de Caná y el nuevo signo de Jesús en el Templo de Jerusalén se establece una continuidad: Jesús se está “revelando” y su revelación encuentra la acogida de unos pero también la contestación por parte de otros. En contexto adquiere relieve la tercera escena de discipulado del evangelio según san Juan.

El pasaje de Jn 2,13-25 se desarrolla en cinco partes que podemos distinguir así:

- (1) La circunstancia: Jesús peregrino en Jerusalén (2,13)
- (2) Expulsión de los vendedores del Templo (2,14-17)
- (3) Controversia con las autoridades (2,18-20)
- (4) La significación del evento y el discipulado (2,21-22)
- (5) Epílogo: La fe de las multitudes y la cautela de Jesús frente a ellas (2,23-25)

Veámoslas una por una.

2. La circunstancia: Jesús viaja como peregrino a Jerusalén (2,13)

“Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén”.

La narración del ministerio de Jesús en el cuarto Evangelio comienza con la participación del Maestro en dos fiestas. De la fiesta de Caná de Galilea, donde “manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos” (2,11), pasamos a la fiesta de la Pascua en Jerusalén.

Ya no es la fiesta de una pareja de esposos en el ámbito estrecho de la familia, los parientes y conocidos de una pequeña aldea de Galilea; ahora se trata de *“la Pascua de los judíos”*, la máxima fiesta de Israel. Con ocasión de esta solemnidad todo el pueblo estaba invitado a reunirse en Jerusalén. En la liturgia solemne de la Pascua, el pueblo Israel conmemoraba, hacía “memoria vida” de la liberación de Egipto y le daba gracias a Dios por haberlo hecho un pueblo independiente y, más aún, “su” propio pueblo gracias a la Alianza.

En este contexto Jesús aparece en escena como un peregrino desconocido que viene a Jerusalén y allí entra en el Templo. Es curioso, este mismo hombre que ha recorrido tranquilamente las rutas del país (ver 1,29.36) y que ha salvado de forma eficaz la fiesta de Caná, ahora se muestra bajo otro aspecto: un peregrino anónimo.

En esta ocasión, Jesús no contribuye a salvar y a aumentar la alegría de la fiesta sino que más bien parece amargársela a unos cuantos. Él llega discretamente, mezcla sin llamar la atención en medio de los jolgorios y la vida agitada de la explanada del Templo. De repente entra en acción perturbando notablemente el desarrollo del comercio que allí se realizaba.

3. Expulsión de los vendedores del Templo (2,14-17)

Jesús realiza un acto de purificación del Templo, el cual está siendo profanado. Con este gesto llamativo comienza, según el evangelio de Juan, el ministerio de Jesús en Jerusalén. Los otros evangelistas prefieren colocar este episodio en la antesala de la pasión de Jesús

(ver Mc 11,15-18; Mt 21,12s; Lc 19,45s), si bien también para ellos esta es la primera acción de Jesús en Jerusalén.

Todo un mercado

Sobre la explanada del Templo, Jesús se encuentra con un verdadero mercado: ***“Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas en sus puestos”*** (2,14). La actividad señala dos puntos:

- (1) El comercio de animales destinados a ser ofrecidos como víctimas.
- (2) El cambio de monedas de uso cotidiano por las monedas propias del Templo, para poder pagar los tributos respectivos.

Hay que tener en cuenta, en principio, que esta actividad era necesaria: (1) No era práctico cargar con un buey desde Galilea, por ejemplo, para ofrecerlo en Jerusalén; era preferible traer el dinero y adquirirlo en Jerusalén misma. (2) Por razones de pureza cultural no se aceptaban las monedas de uso cotidiano –consideradas contaminadas– sino las propias del Templo.

La purificación del Templo

Por lo anterior, es sorprendente la reacción de Jesús ante el escenario que encuentra en este lugar de culto:

“¹⁵Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; ¹⁶y dijo a los que vendían palomas: ‘Quitad esto de aquí. No hagáis de la Casa de mi Padre una casa de mercado’” (2,15-26).

Con lo que Jesús entra en choque no es con el mercado en sí, sino con el modo como se entiende la honra debida a Dios en el templo. Si bien, podía también ser práctico tener animales y monedas a la mano -y todo ello bajo el control directo de las autoridades del Templo-, para Jesús esto no va de acuerdo con la concepción que él tiene de ***“la casa del Padre”***.

Una nueva visión del Templo

Jesús llama a Dios ***“mi Padre”*** y, con base en ello, regula comportamiento que más se adecua con esta concepción particular que tiene del Templo. Por tanto, no todo se puede tolerar, no todo lo que parece práctico o da dinero es necesariamente conveniente.

Comerciar animales para el sacrificio es, en principio, una actividad honrosa, pero Jesús la considera alejada del sentido del lugar de la presencia y de la veneración de Dios. Es verdad que esta actividad comercial se realizaba según los mandamientos de Dios. Pero para Jesús el comercio y la casa de Dios deben ser tenidos como asuntos claramente distintos.

Jesús ve los abusos y, frente a ellos, no permanece indiferente ni da dilaciones sino que interviene con autoridad definiendo abiertamente su visión del Templo: en la casa del

“Padre mío” lo que debe ocupar los pensamientos, las preocupaciones y toda la actividad es el Padre mismo, todo lo demás hay que quitarlo de en medio.

Como observadores privilegiados del acontecimiento aparecen los discípulos. Ellos no se limitan a observar sino que con su reflexión avanzan el sentido del signo: “*Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: El celo por tu Casa me devorará*” (2,17). Se trata de una cita del Salmo 69,10. Ahora volvemos sobre este punto.

3. Controversia con las autoridades (2,18-20)

El hecho está cumplido. Ahora Jesús debe cuentas a las autoridades competentes. Notemos cómo, con palabras veladas, Jesús alude a la meta de su camino terreno, a su pasión y resurrección.

Comienzan las controversias

Con la pregunta de los judíos “*¿Qué señal nos muestras para obrar así?*” (2,18), se toca el tema fundamental de todas las controversias que las autoridades van a tener con Jesús a lo largo del Evangelio. Recordemos que la expresión “los judíos” alude, en el cuarto Evangelio, a “las autoridades”.

Durante el acto de la purificación del Templo Jesús dio la explicación del hecho. Para ello, como acabamos de ver, se remite a la dignidad de la casa del Padre. Pero resulta que esto no satisface a los judíos, como tampoco los convencerá nada de lo que Jesús dirá y hará (ver 6,30).

En este caso, las autoridades consideran el gesto de Jesús y su explicación como un acto presumido. Por eso le piden otros argumentos, otras pruebas de su autoridad.

Es aquí donde Jesús les muestra, con palabras cargadas de profundo significado, el signo de todos los signos, la última y decisiva confirmación de su propia obra y de su propia reivindicación.

Veamos:

¹⁸*Los judíos entonces le replicaron diciéndole:*

‘¿Qué señal nos muestras para obrar así?’

¹⁹*Jesús les respondió:*

‘Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré.’

²⁰*Los judíos le contestaron:*

‘Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’”.

La respuesta de Jesús es: “*Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré*” (2,19b). Con la frase sobre la destrucción del Santuario y la reconstrucción –por parte de él– en tres días, Jesús le está diciendo a los judíos: “Ustedes me van a matar, pero al hacerlo lo que

lograr dar Ustedes mismos la máxima y definitiva de lo que les he dicho. Pues bien, a partir de esto, yo cumpliré mi obra y me revelaré definitivamente”.

Las autoridades malinterpretan el signo de Jesús

Pero la reacción ante el nuevo signo de Jesús es una mala interpretación: los adversarios entienden sus palabras como simple una referencia al templo de piedra (lo mismo que Nicodemo malinterpretará las palabras de Jesús sobre el nuevo nacimiento: ver 3,4), como un edificio que se viene al piso y no como un signo de Dios en la persona de Jesús: *“Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?”* (2,20b).

Ya desde esta primera confrontación, se evidencian las consecuencias del conflicto mortal que se levanta contra Jesús por causa de su revelación. Se delinea desde el principio del Evangelio cuál será la meta del camino de Jesús: su muerte; pero la última palabra será la que pronuncie el Padre: la resurrección de Jesús.

Pero la última palabra es la de Dios mismo

Pues bien, la resurrección confirmará a aquel que por causa de su obra y por declararse “Hijo” (la *“casa de mi Padre”*) será conducido hasta una muerte violenta. Por medio de esta muerte será construido el nuevo templo. Por tanto:

- Jesús resucitado es el “lugar” definitivo de la presencia de Dios en medio de su pueblo.
- Y viceversa, Jesús resucitado es el “lugar” de la adoración de Dios por parte de su pueblo, es la perfecta “casa del Padre”.

Las palabras y las obras de poder de Jesús no serán aceptadas por sus adversarios (ver 5,16; 9,16), sino que más bien los llevarán a la decisión de eliminarlo (ver 11,45-53). Pero al rechazarlo, sus adversarios lo que logran es darle cumplimiento a las palabras proféticas de Jesús: *“Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré”* (2,19). Aún cuando quieran, los judíos no pueden impedir que el “celo” de Jesús por su Dios-Padre llegue hasta esta máxima expresión de la Alianza de Dios con los hombres y de la adoración de los hombres a Dios que se manifiesta en su misterio pascual.

4. La significación del evento y la importancia del discipulado (2,21-22)

“²¹Pero él hablaba del Santuario de su cuerpo. ²²Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús”

El evangelista Juan interviene ahora como comentador de la escena, él nos da la clave interpretativa en el “discipulado”.

En este Evangelio Jesús está siempre acompañado de sus discípulos. Ahora en esta escena, el evangelista nos explica la importancia del discipulado: “discípulo” es aquel en quien la

obra de Jesús llega a su realización, es aquel que lo “*comprende*” (mediante el “recordar”) y “*cree*” en Él. Estos son los pasos que constituyen el discipulado: la comprensión del Maestro y la fe en el Maestro.

La captación del signo con ojos y corazón de discípulo

Dentro de este pasaje los discípulos se mencionan dos veces y en ambas ocasiones aparecen con la misma reacción una vez que Jesús ha hecho o dicho algo: “*sus discípulos se acordaron...*” (2,17.22). Aquí no se trata de un recuerdo que remite simplemente a la memoria del pasado, sino de un recuerdo que de golpe lleva a una comprensión de fondo.

¿De dónde nace esta comprensión? El evangelista Juan dice expresamente que esta comprensión nace de la resurrección de Jesús: “*Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos*” (2,22^a).

Todo un camino por recorrer: El discipulado y la memoria del camino

Los discípulos tienen ante ellos un largo camino por recorrer, ellos no siguen a Jesús solamente para acompañarlo sino también para comprenderlo y constituirse en sus testigos. La vida en común con el Maestro no les da, por tanto, una comprensión instantánea y completa. Se requiere la permanencia, la fidelidad en el camino con Jesús, para poder llevar dentro de sí lo que van viviendo, aún sin en una primera etapa lo sigan comprenderlo plenamente o lo capten a medias. Solamente permaneciendo en esta fidelidad y paciencia, es que el discípulo puede ser conducidos hasta la plena comprensión.

Es la meta del camino de Jesús lo que da la luz –retrospectivamente- sobre los acontecimientos todavía oscuros, es lo que permite que comprendan su persona, que capten el sentido de sus palabras, de sus obras y todo su camino terreno. En pocas palabras: solamente la resurrección dará la luz que ilumina toda oscuridad.

Captar a Jesús a fondo: El discipulado y la memoria de la Escritura

Retomemos ahora la primera intervención de los discípulos: “Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: ‘El celo de tu casa me devora’” (2,17).

La frase “*el celo de tu casa me devora*”, está tomada del Salmo 69,10. En su contexto original se trata de la oración de un inocente perseguido.

Este mismo Salmo será retomado dos veces más en este Evangelio de Juan (15,25 y 19,28-29), y siempre como iluminación bíblica de la pasión de Jesús.

Gracias a la cita bíblica los discípulos afinan su contemplación del Maestro. En Juan 2,17, se afirma que no solamente Jesús arde de “celo” por la casa del Padre, sino también que este “celo” lo llevará a la muerte. Al empatar la cita con la vida del Maestro, los discípulos comprenden la verdadera razón de la muerte de Jesús y captan que esta muerte no es un accidente histórico sino que tiene sustento en la Palabra de Dios.

Por lo tanto, en la muerte de Jesús se pone en primer plano el tema “Dios”: en medio de ella está y es un camino captar plenamente a Dios. Jesús no muere porque haya pecado contra Dios –como pretenden sus adversarios-, sino precisamente por lo contrario: porque se ha comprometido de una manera nunca antes vista con él.

Entonces, como se ve desde este primer choque, la contraposición entre Jesús con sus opositores tiene que ver con la concepción de Dios.

El discipulado: una síntesis única del camino vital en la fe

Como sucedió también con el signo de las bodas de Caná, el evento del Templo tiene un significado particular para los discípulos de Jesús. Así como a través de lo que el Maestro hizo ellos vieron su gloria y creyeron en él (2,11), igualmente, a la luz de la resurrección, los discípulos comprenderán el significado de su palabra y de su obra.

Los pasos internos del discipulado quedan delineados: “Recordando”, los discípulos “comprenderán”, con la ayuda de la Sagrada Escritura, la muerte de Jesús y creerán en la Escritura.

Pero comprenderán también la palabra de Jesús y creerán en él. La palabra de Jesús adquirirá para los discípulos el mismo peso de la Palabra de la Escritura y se convertirá para ellos en Palabra de Dios.

Sinteticémoslo así:

- Inspirándose en la Escritura, comprenderán la razón de la muerte de Jesús.
- Inspirándose en la palabra de Jesús, comprenderán el significado del Resucitado como el “lugar” definitivo de la presencia y de los cuidados del amor de Dios por sus criaturas.

5. Epílogo: La fe de las multitudes y la cautela de Jesús frente a ellas (2,23-25)

“²³Mientras estuvo en Jerusalén, por la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre al ver las señales que realizaba. ²⁴Pero Jesús no se confiaba a ellos porque los conocía a todos ²⁵y no tenía necesidad de que se le diera testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que hay en el hombre”.

No solamente tenemos la reacción positiva –la reacción ideal- por parte de los discípulos, también mucha gente cree en Jesús: “***creyeron muchos en su nombre al ver las señales que realizaba***” (2,23). Seguimos en la misma lógica de las bodas de Caná: “***Dio comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos***” (2,11).

Frente a este panorama se delinean las actitudes que se pueden tomar ante Jesús:

- El rechazo. Tipificado por los adversarios. Ellos entran en conflicto con Jesús por un tema fundamental: la recta comprensión de Dios. Jesús reconoce a Dios como su propio

padre; todo lo que él hace está inspirado por Dios y da testimonio de ello. Sus opositores se sienten provocados por él, le exigen otras pruebas y lo rechazan.

- El creer. Los discípulos son los que se dejan guiar por Jesús, llegando así a la fe y al pleno conocimiento. Arriba señalamos los pasos que llevan al creer.

Pero queda todavía en el trasfondo un grupo de personas anónimas: la multitud que está impresionada por lo que Jesús realiza. Pero Jesús retiene que no se puede confiar de ellos y los mantiene a distancia: un hilo de debilidad se pone de manifiesto en estas adhesiones de la muchedumbre que “cree” pero no se ha discípula (ver 2,24-25).

6. Releamos el Evangelio con un Padre de la Iglesia

“Adoremos a Dios, de quien somos templos. Sólo a Dios le podemos hacer un templo, sea de madera o de piedra. Si fuésemos paganos levantaríamos templos a los dioses; pero a dioses falsos, como los que son erigidos por los pueblos infieles, apartados de Dios. Salomón, por el contrario, siendo profeta de Dios, construyó un templo de madera y de piedra, pero a Dios. A Dios, no a un ídolo, ni a un ángel, ni al sol, ni a la luna.

Al Dios que hizo el cielo y la tierra y permanece en el cielo, Salomón le hizo un templo de tierra. Y a Dios, no sólo no le desagradó eso, sino que antes bien mandó que se hiciera. ¿Por qué mandó Dios que se le erigiera un templo? ¿Es que no tenía dónde residir? Escuchen lo que dice el bienaventurado Esteban en el momento de su pasión: ‘Salomón le edificó una casa, pero el Altísimo no habita en templos hechos por mano de hombre’ (Hechos 7,47-48).

Entonces, ¿Por qué quiso hacer un templo o que le fuera edificado un templo? Para que prefigurara el Cuerpo de Cristo. Aquel templo era una sombra: llegó la luz y ahuyentó la sombra. Busca ahora el templo que Salomón edificó y encontrarás ruinas. ¿Por qué el templo se convirtió en ruinas? Porque se cumplió lo que simbolizaba. Hasta el propio templo que es el Cuerpo del Señor se arruinó, pero luego resucitó; y de tal modo resucitó que nadie lo podrá volver a arruinar nunca más”.

(San Agustín, Sermón 217, 4)

7. Cultivemos la semilla de la Palabra en la vida

7.1. ¿Cómo se correlaciona el pasaje de hoy con las Bodas de Caná?

7.2. Como se puede ver en la purificación del Templo, según Jesús no se puede tolerar todo. ¿Qué concepción tenemos de la “Casa del Padre”? ¿Qué buscamos en él? ¿Esto se refleja en nuestro actuar?

7.3. Los opositores de Jesús exigen siempre. ¿También yo pongo en reserva mi confianza en Jesús poniéndole condiciones?

7.4. Los discípulos recorren un largo camino al lado de Jesús. ¿Me dejo conducir a la plena comprensión del camino de Jesús y, a la luz del suyo, del mío propio?

7.5. ¿Cuáles son los pasos del discipulado según san Juan? ¿Qué se espera que suceda en esta Pascua en mi vida de discipulado?

P. Fidel Oñoro, cjm
Centro Bíblico del CELAM

Anexo 1

Pistas para las otras lecturas del Domingo

Sumario: En la mesa de la Palabra Dios ofrece un signo: nos da sus mandamientos para que podamos orientarnos en la vida. La Ley del Señor es perfecta, nos da la vida, dice el Salmo. En el madero de la Cruz, escándalo para unos y locura para otros, Dios nos ofrece otro signo. Pero la locura de Dios es más sabia que la del hombre. En el Evangelio, Jesús dice que va a destruir el Templo y reconstruirlo en su propio cuerpo: a los ojos de los hombres es una locura. Se trata de un gesto que prevé su muerte, pero por medio de él, Jesús nos ofrece un signo que no se comprenderá sino después de su muerte cuando, levantado de entre los muertos, se convierta para todos los creyentes en el nuevo Templo de Dios.

Primera lectura: Éxodo 20, 1-17

Los diez mandamientos no son una simple enumeración de prohibiciones, son “diez palabras” que el Señor le dirige a su pueblo para sostenga relaciones armoniosas con él y con los otros.

Las diez palabras toman la forma de un contrato de alianza. Dios comienza presentándose: “*Yo, Yahvé, soy tu Dios*” (20,2a). Enseguida recuerda lo que hizo por su pueblo: “*Yo te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre*” (20,2b). Y entonces pronuncia la cláusula principal del contrato: “*No habrá para ti otros dioses delante de mí*” (20,3). De aquí se deriva una serie de cláusulas secundarias.

Dios espera, por parte de su pueblo, un amor de tipo conyugal. Semejante amor no se puede compartir: el “celo” de Dios no soporta rivales. Por eso dice: “*No habrá para ti otros dioses delante de mí*” (20,3). Amenaza con castigar a los infieles hasta la tercera y cuarta generación, pero promete su fidelidad de generación en generación. Para los cristianos de hoy, éste lenguaje sorprende. Lo importante es que comporta dos afirmaciones bellas:

- (1) Por una parte, los hombres son solidarios entre sí tanto en las buenas como en las malas.
- (2) Por la otra, la bondad de Dios no excluye su justicia, su severidad en las exigencias.

Podríamos decir que el amor exclusivo, que Dios reivindica, implica el respeto de “*su Nombre*”, lo mismo que la observancia del sábado en su honor. Esto tiene como consecuencia el amor por los otros.

La última serie de mandatos describe el comportamiento que los hombres debemos adoptar si queremos vivir en paz unos con otros.

Salmo responsorial: Salmo 19 (en la liturgia el 18), 8.9.10.11

[Respuesta tomada de Juan 6,68c: “*Señor, tú tienes palabras de vida eterna*”]

El orante no para de enumerar las bondades de la Ley del Señor y de celebrar su amor por dicha Ley.

La “Ley del Señor”, su carta, sus preceptos, su mandamiento, sus decisiones, “son apetecibles, más que el oro, más el oro más fino” (v.11ab), “sus palabras son más dulces que la miel” (v.12c).

La “Ley del Señor” no es una decisión arbitraria de Dios o un obstáculo para libertad humana. Por el contrario, es una fuente de vida que renueva el corazón y clarifica la mirada. La perfección le viene de su autor. Sólo Dios sabe lo que es bueno para el hombre y por eso le ofrece una guía para la vida.

La “Ley del Señor” no es demasiado pesada para cargarla, ni tampoco nos la ofrece amedrentándonos. Más bien el “temor” que él inspira es un sentimiento de amor filial, purificado de todo servilismo.

Segunda lectura: 1 Corintios 1, 22-25

Jesús “Mesías”, el gran enviado de Dios, nos permite ver en todo su camino, pero de manera especial en la cruz, el verdadero rostro de Dios. Éste siempre nos sorprenderá.

¿Dónde tratamos de reconocer la presencia de Dios, su acción y sus auténticos mensajeros? El texto de Pablo tiene un contexto propio, pero no hay que olvidar que vale para todos los tiempos. Si, como “los griegos”, buscamos a Dios sobre medida, en la belleza sin defecto y sin debilidad, según la lógica de nuestra razón, entonces la “pasión” y la “locura de la cruz” nos van a escandalizar y a generar rechazo. Si, como “los judíos de entonces” no esperamos de Dios más que acciones poderosas y signos sorprendentes, entonces el signo de la cruz corre el riesgo de ser opaco y escandaloso.

“La locura” de un Dios que por nosotros va hasta la cruz, hay que verla a la luz de la Resurrección. Es así como amamos la locura... poderosa y débil... sabia y loca... de la santa Cruz.

(J. S. – F. O.)

Anexo 2

Para quienes animan la liturgia dominical

I

En el Año “B”, los 3ero, 4to y 5to domingo se centran en la revelación de la profundidad del misterio pascual en sus vertientes crística y eclesial. Es en torno al Evangelio que se aglutinan los temas. Hoy se subraya que en la Pascua de Jesús se manifiesta el verdadero Templo, el Cuerpo de Cristo.

II

Como sabemos (y el leccionario nos lo recuerda), se pueden proclamar siempre las lecturas propias del Año “A”. Si en la comunidad hay catecúmenos “elegidos” para la celebración de los sacramentos de iniciación en la próxima pascua, ésta es la opción más recomendada. También se puede justificar esta opción en las comunidades en que se quiera privilegiar la dimensión bautismal de la Cuaresma.

III

Para los lectores.

Primera lectura: El texto nos presenta el decálogo (o las “Diez Palabras”). Tenemos, pues, una división natural del texto que debe aparecer con claridad en la lectura. Así, después de la frase introductoria, el primer intervalo se hace después de “no les darás culto”; el segundo después “su nombre en vano”; el tercero después de “consagró el sábado”; los otros (siete más), son evidentes.

Segunda lectura: Nótese el paralelismo antitético y destáquelo en la proclamación y así resultará fácil.

(V. P.)